

Despide a carenjadas  
Los dioses que se van:  
Es la que, humilde rea,  
Baja a las catacumbas,  
Y palpa entre las tumbas  
Los tiempos que vendrán.

El efecto rítmico de la octavilla es indudable, tan cierto como equitativo el juicio de que esto no guarda parentesco con la poesía. No hay sentimiento alguno en el estilo del decir, siquiera sea éste en rima y ritmo logrado.

Ocasiones hay en que el sentir es profundo y como tocado por el espíritu celeste, pero el estilo del decir no le acompaña. Cuando el hombre así dotado se empeña en ser poeta y presentarse como tal cae en sensiblerías empalagosas, irresistibles, que forzaron unas frases epilógicas a Menéndez Pelayo en su primoroso discurso sobre la poesía mística, que suenan a irreverencias en su irritación. Y, en verdad, cuando no se ha esquivado al lenguaje para que lleve en su vuelo, como en aire de amoroso abrazo, el sentir del que canta, el propio lenguaje se erige en potro salvaje que tuerce el giro y se burla del sentir imprimiéndole su trote y sus respingos traicioneros. Muchos místicos y almas pías no han podido librarse de este denuesto.

El sentir y el estilo del decir se han de asemejar en tal grado, pulcritud y perfección, que no pueda discernirse si es el sentir el dueño del lenguaje o el lenguaje el que atesora en su caudal el sentir. Por eso la poesía erudita no es poesía, porque la erudición en la expresión adultera el sentir, siquiera sea necesaria la erudición al poeta para gozar de saberes antiguos y modernos. Y nada falta ni sobra una tilde en la poesía porque al lenguaje, del que se adueña la poesía para serlo, cualquier aire le ofende y cualquier mirada le turba si no es la que emana de su propia intimidad entrañable. Por el sentir canonizamos al poeta y por el estilo de expresar su sentir con-

